

Es una cuestión de raíz, no de maquillaje

Mateo 7:17-18

Los estantes de las librerías están llenos de libros de autoayuda. Es probable que algunos de ellos le hagan bien temporalmente. En general, tienen un punto de vista humanista en cual no se considera la dependencia en Dios, sino el esfuerzo humano. Lo cierto es que mientras más se escriben y publican libros de ayuda y aumentan los consejeros, los sicólogos y psiquiatras, la sociedad se ve más desajustada y en crisis. Parte del problema es porque la mayoría de la ayuda que se quiere proveer no va a la raíz de los problemas. La vida cristiana misma puede ser un maquillaje superficial para tapar los defectos más visibles, pero el alma sigue herida y sin sanidad. El problema seguirá latente mientras no se vaya a la raíz del mismo. Los agricultores saben sobre esto cuando se trata de curar el problema de una planta. Muchas veces el problema está en la raíz, y tienen que arrancarla o hacerle injertos con raíces sanas (ocurre con plantas como el naranjo y la vid). Esto es verdad también en la vida humana.

Las raíces son todo aquello adquirido a través de los años. Mateo 7:17-18. Su vida presente es el resultado de todo lo que ha acumulado en los años de su existencia, desde que fue concebido hasta el día de hoy. Todos hemos vivido experiencias buenas y malas, y estas experiencias han moldeado nuestra vida, muchas veces de un modo inconsciente: están en la raíz, en lo profundo de nuestra vida. Muchas veces nadie más que nosotros (y Dios, por supuesto), sabe lo que hay en lo íntimo de nuestro ser. Nuestras habilidades, dones, virtudes; pero también nuestros defectos, pecados, fobias, frustraciones, están ahí mezcladas, como la cizaña con el trigo. Debido al pecado, todos compartimos la experiencia de tener raíces buenas y malas en nuestro interior. La pregunta que tenemos que hacernos es qué clase de raíces abundan más dentro de nosotros: ¿Las buenas o las malas? Y, ¿cómo podemos invertir la ecuación para que en nosotros abunde más la gracia y las virtudes de Dios que lo que nos hace daño a nosotros y a otros?

Lidiando con las raíces buenas. Salmo 1. Todos los seres humanos tenemos raíces buenas que se han formado a través de los años. El solo hecho de haber sido creados a la imagen y semejanza de Dios ya muestra que en nuestra raíz personal hay algo tremendamente bueno y positivo. Los dones, las habilidades, los talentos que todos desplegamos en un área u otra muestran que en nuestro interior hay cosas muy positivas. Esa raíz buena de Dios en nosotros necesita ser alimentada, fortalecida. Si Ud. vive una vida en la presencia de Dios, “será como árbol plantado junto a las corrientes de aguas, que da su fruto a su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará”. Injerte siempre las raíces nuevas y buenas de Dios en lo profundo de su ser para que alcance el pleno potencial de Dios.

Lidiando con las raíces malas. Hebreos 12:15. Un alto porcentaje de las personas que viven a nuestro alrededor (quizá incluyéndonos a nosotros mismos) están airados por alguna u otra razón. Muchos esconden su enojo y frustración, lastimándose a sí mismos. La Biblia dice, “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados...” La raíz de amargura no sólo lo contamina a Ud. sino también a otros. Generalmente una raíz es algo que no se puede ver, pero

si esa raíz es amarga tenga por seguro que producirá un fruto amargo. Algunos solo tratan de cambiar el fruto, es decir, de darle un maquillaje superficial a su vida. Pero el maquillaje se cae y se borra y vuelve a aparecer la realidad de lo que somos. Por eso hay que tomar la decisión de ir más a fondo y preguntarle a Dios por aquello que nos está perturbando. La respuesta de Dios es que debemos entregarle nuestras raíces a El para que El las sane. Necesitamos el injerto de las raíces buenas de Dios, de las que habla en Apocalipsis 22:2. Los problemas hay que soltarlos en las manos de Dios, no enterrarlos. Siempre el perdón es el remedio que Dios nos da contra la amargura, el enojo y la depresión. “Mirad bien”, nos dice el Señor, “no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios” que está disponible para nosotros.

Jesús dijo que el árbol se conoce por su fruto. El fruto es una manifestación de lo que hay en la raíz. Si el árbol es malo, es decir, si tiene raíces malas, no podrá dar buen fruto, y viceversa. El llamado de Jesús es a hacer una revisión de lo profundo en nuestro ser, lo que nadie más que El y nosotros sabemos que hay en nosotros. Y a partir de ahí, buscar la sanidad en una actitud de perdonar, de abandonar lo que desagrade a Dios y a depender enteramente de El como el hombre que se describe en el Salmo 1.